

## Documento para el debate

### **La reforma laboral e impositiva del gobierno de Macri**

Las reformas que viene promoviendo el gobierno del presidente Mauricio Macri son producto de un plan de acción que articula un Estado al servicio de las clases dominantes, que reduce las partidas presupuestarias que el pueblo y la soberanía Nacional necesitan y amplía las que los grupos económicos concentrados exigen. Comprende el consabido achicamiento en el gasto público, la flexibilización laboral e impositiva al servicio de los empresarios, y la reforma educativa a favor de un modelo de país cuyo principal beneficiario es el mercado dominado por las grandes empresas y los bancos nacionales e internacionales.

En este sentido, el gobierno ha ido buscando a través de la quita de subsidios a los servicios energéticos y de transporte, junto a la liberación tarifaria ahorrar el gasto que ésta producía en las finanzas del Estado al tiempo que beneficia a las grandes industrias con nuevos cuadros tarifarios. Consecuentemente con esta política, han promovido las reformas previsionales e impositiva y negocian con empresarios y sindicalistas traidores la reforma laboral. El objetivo de las mismas, tal como lo señalan desde distintas filas del gobierno, es volver al país más competitivo en los mercados internacionales, no solo para vender nuestra producción sino también para recibir la lluvia de inversiones que han anunciado incansablemente durante las campañas electorales.

Sin embargo, volver a la argentina un país interesante a los ojos de los inversionistas extranjeros requiere de las reformas antes mencionadas y de una justicia y una policía preparadas para garantizar la “paz y seguridad” que los inversionistas exigen. Por eso no pueden excluirse del análisis el papel que harán jugar a las fuerzas de seguridad, tal como lo hicieron en diciembre, para garantizar las leyes que los empresarios necesitan.

### **Las consecuencias de reformas laborales en el pasado**

Si bien los primeros pasos del modelo neoliberal se dieron en la argentina de la dictadura donde la familia Macri junto a otros empresarios fueron los grandes beneficiados debido a la estatización de sus deudas, es durante la democracia cuando habrá de instalarse un modelo de país para pocos, y de hambre para muchos. Aquel proyecto privatizador que no pudo llevar adelante el presidente Raúl Alfonsín, sí lo consiguió el de Menem (hoy nuevamente Senador por la Rioja) entregando a monopolios internacionales y sus países las grandes industrias nacionales a precio vil con la excusa de que daban pérdida. Revisar hoy aquellas políticas resulta útil para entender el carácter de las nuevas medidas que pretende imponer el gobierno de Cambiemos y sus cómplices.

Aquel modelo neoliberal de los 90 consistió en el plan sistemático del Estado entregando el patrimonio nacional mediante las privatizaciones, la Flexibilización laboral y una política propagandística que resultó convincente para una parte grande de los trabajadores y el pueblo que apoyaron la “modernización del estado”.

Las consecuencias que esto tuvo en nuestro país, señala Mariestela Svampa (2008), consistió en el proceso de desregulación y fragmentación de la ciudadanía. Esto fue de tal envergadura que produjo una fuerte dinámica descolectivizadora, que significó para numerosos individuos y grupos sociales no sólo la entrada a la precariedad, sino también la pérdida de aquellos soportes sociales y materiales que durante décadas habían configurados las identidades sociales. Pensemos en la identidad que portaban los trabajadores de YPF, de las Metalúrgicas, Mineras o ferrocarriles cuya vida estaba referenciada no solo con el trabajo que desempeñaban allí, sino con el universo compartido con esas familias con las cuales habitaban en el mismo barrio, compartían vacaciones en el mismo camping, y hasta proyectos de vida vinculado a la formación de sus hijos como futuros

trabajadores técnicos o profesionales de esas fábricas.

La desarticulación de esto trajo aparejado un cambio radical en la sociedad argentina que se tradujo en el empobrecimiento de una gran parte de la clase obrera y de las capas medias tales como empleados del sector público y privado, profesionales independientes, jubilados y jóvenes ingresantes en el mercado del trabajo. Frente a este proceso de empobrecimiento y desafiliación masivos, muchos encontraron su principal refugio en el barrio, convertido en el lugar de repliegue y de inscripción colectiva. El proceso que tuvo al repliegue como estrategia surgió como respuesta de los sectores populares frente al vacío dejado por las instituciones y la falta de trabajo (Merklen, 2010)

De esta manera, los sectores populares que habían invertido medio siglo en constituirse como clase trabajadora bajo la identidad de pueblo trabajador, se convirtieron en pobre en el espacio de veinte años. Este cambio estructural se traduce en un cambio de identidades colectivas atizado por un fenómeno de clasificación (Merklen)

El barrio puede resultar la vía de privilegiada de formación de la identidad cuando los lazos de integración social no son los suficientemente sólidos, como en el caso de todos los barrios asociados a la marginalidad, en las que los lazos tejidos en el marco de solidaridades barriales ocupan los espacios vacantes dejados por las instituciones. Como los soportes del orden societal son menos sólidos, lo cual toma el relevo a través de diversas formas de relaciones de proximidad. El barrio se aparta de lo societal y se hace fuente de identidad, configurando la identidad social. El territorio es así una fuente de identidad colectiva con el mismo derecho que la identidad profesional. Pero para que esta identidad sea en su totalidad fuente de cohesión social es necesario que el grupo sea capaz de organizar dos elementos más de la cohesión: lo local debe convertirse en una razón del prestigio del grupo y ser capaz de organizar normas comunes alrededor de la pertenencia local. (Merklen)

Precarizados, privados de una inserción laboral u obligados a admitir condiciones ignominiosas de trabajo (extensión de las jornadas, trabajo en negro, entre otros), los sujetos fueron despojados de sus derechos sociales y debieron aceptar, en muchos casos, indefensos, la redefinición de las reglas de juego. A su vez, no es posible negar cuán fuerte ha sido la repercusión del proceso de descuidanización en la esfera de los derechos políticos y civiles, como lo muestra la dependencia cada vez mayor de los sectores populares respecto del Estado (y, en especial, del partido del poder), así como los innumerables casos de violencia institucional. Que afectan especialmente a los jóvenes de clases populares y de clases medias bajas, amenazados con la exclusión y estigmatizados como la “la nueva clase peligrosa”. (Svampa: 2005; 91)

En definitiva, a partir de la crisis del 2001, dichas transformaciones (de los 90), lejos de expresar una dinámica social pasajera y rápidamente reversible, han ido revelando cada vez más el núcleo central de una nueva sociedad, producto de la modernización excluyente de la multiplicación de las desigualdades. (Svampa, 2005: 295) Así, la precariedad como situación generalizada apuntó al quiebre de solidaridades (sociales, laborales, políticas), fragmentó aún más la experiencia de los individuos, e insertó la vida en un horizonte signado por la inestabilidad y la incertidumbre. (Svampa, 2012: 53)

El resultado ha sido la consolidación de una sociedad atravesada por una fragmentación social creciente, en cuyo interior coexisten numerosas y disímiles sociedades, con zonas de regulación diferente, recursos muy desiguales y niveles organizativos diversos. En fin, antes que un cuadro unitario, la imagen remite a una multiplicidad de sociedades, suerte de islotes, caracterizados por lógicas sociales heterogéneas, que operan como registros multiplicadores de la jerarquía y la desigualdad. (Svampa, 2005: 296)

En los últimos veinte años, la multiplicación de las desigualdades sociales ha generado nuevas modalidades de relación con el otro. Este proceso de polarización y fragmentación social dio paso a nuevas representaciones sociales gestadas en función del miedo al otro. Tal es así, que el “miedo al otro” se ha erigido como principio rector de las interacciones sociales. (Svampa, 2008: 86)